

Hollaré con olímpica energía.  
 Cuando estén apagados esos ojos,  
 Que miradas soberbias me lanzaron  
 Arrastraré tus últimos despojos.  
 Y á las aves del éter y á mis perros  
 Espléndido festín habré de darles  
 De esa tu carne con rabioso encono,  
 Que yo castigo así y así perdono.



## ACTO III.

[El mismo sitio.]

ESCENA I.—*Soliloquio de Falerio.*

F.—¡ Oh qué infortunio! cuán tupida venda  
 El hombre lleva ante sus ojos siempre.  
 De su miseria con el grave fardo  
 Agobiado sin tregua no detiene  
 Su jornada fatal por un sendero,  
 Que al borde de honda sima retuerce.  
 ¡ Para qué de una amante compañera  
 Buscar la mano cariñosa y leve,  
 Si sólo al precipicio la llevamos  
 Y la traga el abismo de repente?  
 ¡ Quién creyera al lucir esta mañana  
 Y tan tranquilo y tan dichoso al verme,  
 Que este había de ser el más aciago  
 De cuantos días mi existencia cuente?  
 ¡Cuál es mi decisión? Yerro sin tino.  
 ¡ La tierra me ocultara una y mil veces!  
 Vuelan las horas de este negro día.  
 ¡ Oh tiempo, quién pudiera detenerte!  
 ¡ Hoy mismo, hoy mismo segaré ese cuello  
 Que para mí conserva eternamente  
 La huella de los besos maternos,  
 Que le imprimiera mi graciosa Atene?  
 Mas.... si rehusó ejecutar del César  
 En mi hijo caro las sangrientas leyes,  
 Mi fama y mi renombre se desploman,  
 Me queda el deshonor del delincuente.  
 El destierro me espera.... Asia maldita,

Ahí estás tú... detrás de tus vergeles  
 Ya miro los desiertos arenales,  
 Y siento ya su vaho incandecente.  
 Cielo plumizo á las plegarias sordo  
 En horizontes pálidos se pierde,  
 Allí la libertad es un castigo,  
 Que en vano el alma sacudir pretende.  
 Contra ella se conjura lo infinito....  
 Son los huertos ovillos de serpientes.

Sin apoyo y sin dioses agoniza  
 El desterrado: el Tártaro lo quiere.  
 Y ¿á ese país iré? Mejor perezco.  
 Quizá el Emperador me dé la muerte.  
 Morir,... morir... si con el cuerpo todo  
 Finara en el mortal ¡ bendita muerte!  
 Mas... el Tártaro luego y sus tormentos  
 Esperan al ínclito eternamente....  
 Y.... si á mi prole bárbaro asesino,  
 La vida arrastraré sin aliciente;  
 Y al fin he de bajar á las regiones,  
 En que la Estigia cenagosa hierva;  
 Y allí mi esposa cubrirá su rostro  
 De indignación y de vergüenza al verme.  
 Me parece escucharla, que me dice,  
 Sollozando, enojada para siempre:  
 " Sacrilego, ¿ qué hiciste de Aureliano?  
 " Te dí mi corazon cuando la suerte  
 " Nos ató en esas nupcias maldecidas,  
 " Y una imágen de tí dulce, inocente,  
 " Tu misma vida en otro sér, un hijo,  
 " Y ese víctima fué de tus desdenes."  
 Sudor glacial y de pavor me inunda,  
 Mis nervios y mis huesos se estremecen.  
 De mi garzón columbro la agonía,

Ya su albo rostro á todos se convierte,  
 Hince el león sus trabajadas garras  
 En ese cuello de color de nieve,  
 Y giran las pupilas de la víctima  
 Para luego apagarse eternamente.  
 Y mi nombre y el suyo difamados  
 Por bocas de cobardes ya trascienden.  
 ¡ Ruín humanidad! que sin aliento  
 Tiembblas ante un varón, en cuyas sienes  
 Luce corona, y como niño torpe  
 Pérfida insultas al león que duerme.  
 Salvaré á mi Aureliano, que ese César  
 A playas extranjeras nos relegue,  
 Muy léjos de este imperio, que deshonra  
 Su propio nombre, al deshonrar al debil;  
 Y la misma desdicha soportando  
 Entre los dos, la tornaremos leve.

(*Se escuchan voces del pueblo que grita:*)

¡ El cristiano á las fieras, á las fieras!

F.— ¡ Qué innoble grito, qué rumor es ese!

V.— ¡ Muera Aureliano! — danos al ateo!

F.— Contra mí esos plebeyos se enfurecen;  
 Todo lo saben ya... ¡ Traidor Canidio!  
 Pues él sin duda alborotó á la plebe.  
 ¿ Qué hacer en tal aprieto? Si me opongo,  
 Ese motín sin tregua concederme  
 A mi hijo arrancará de entre mis brazos,  
 Y sin piedad le arrastrará á la muerte.  
 Remedio no hay, la tempestad sañuda  
 Se descadena y su furor recrece.

V.— ¡ El fanático al circo!

F.— Lo que piden

No les daré, quebrantaré á esa gente,  
 Y mi hijo morirá como Romano,

Honor tomando de la fiera muerte.  
 Llenaré aquella copa de veneno,  
 De esa ponzoña que cual rayo hiere,  
 Que una hechicera elaboró de Tebas.  
 Cual talismán la guardo en mi retrete.  
*(En una copa vierte el líquido de un frasco,  
 déjala sobre un armario; se acerca á la  
 puerta lateral, llama á señas á un soldado,  
 y le dice:)*  
 Que mi hijo se presente sin tardanza  
 En este sitio, sin tardanza. Vete!  
 Que le apure Aureliano hará al momento;  
 Y de deshonra salvará su frente.  
*(Señalando la copa.)*  
 Con su honda negra, que rebosa espuma,  
 Burlaré los intentos de esa plebe;  
 Y si mi hijo no supo como hombre  
 Vivir, que sepa perecer como héroe.  
 Como un Catón morir es del orgullo,  
 Que avasalla á los míseros y endebles,  
 Y deifica á los hombres y los hace  
 De aquellos altos y famosos seres,  
 Ante los cuales y de hinojos cae  
 El Universo y quema sus laureles.  
 Venceré de ese modo la fortuna,  
 Aunque yo herido de mi pecho quede.  
 Y cumpliré mi aciago juramento.  
 Si Aureliano á ese trance se resuelve,  
 Templará la amargura de mi pena  
 Y un gran consuelo quedará en mi mente.

*(Entra Aureliano.)*

ESCENA II. *Dishos y Aureliano.*

- Au. — Padre, ¿qué mandas?  
 V. — ¡Pronto ese cristiano!  
 Queremos la cabeza de Aureliano!  
 F. — ¡Escuchas á ese pueblo enfurecido  
 Que tu cabeza y mi desgracia exige?  
 Au. — Tranquilo el corazón no teme el ruido  
 Ni el furor de fanáticos me aflige.  
 No me hace vacilar grito inhumano;  
 También á mis verdugos les perdono.  
 Sabré morir como viví, cristiano.  
 F. — Yoy á librarte de su necio encono.  
 Mira ese cáliz, que contiene un néctar,  
 Que salva del tormento y de la injuria  
 Es un veneno, agótale; y tu vida  
 Rompe y evita la ardorosa furia  
 De esa turba malévolá y perdida.  
 Au. — Jamás cometeré tamaño crimen.  
 No buscaré en un tósigo remedio  
 Por huir los tormentos que redimen.  
 F. — Por Hércules te ruego, por Quirino,  
 Por este corazón de acibar lleno  
 Y por tu madre y por su honor divino  
 Si á vivir no atinaste cual Romano,  
 Ni cual varén, que el pundonor aprecia  
 Al menos muere cual soldado ufano,  
 Que antes su honra que su vida precia  
 Y tú vas á morir. . . . .  
 Au. — Como cristiano.  
 F. — Como cristiano, sí, como cobarde,  
 Que de la infamia la ominosa suerte  
 Escoge, porque en su ánimo no arde  
 Valor de hombre para darse muerte.

- Au.—El suicidio esquivar no es cobardía,  
Es cobarde el que huye la negrura  
Del dolor cuando en hondas de amargura  
De aquesta vida se encapota el día.  
Es valor sobrehumano, con aliento  
Contrastar las volubles tempestades,  
Que azotando con lágrimas y viento  
De gran contrariedad y de tormento  
Del alma las profundas soledades,  
Envuelven y destrozan al humano.  
Es cobarde el suicida, no el cristiano  
Que adora los horrores del martirio!
- F.—Tú no quieres mi honor, ¡Ay! Aureliano  
A tanto llega tu mortal delirio.
- V.—¡A los leones. Muera ese cristiano!
- F.—¡Yo he de cortar de tu existencia el hilo  
Con mi daga por fin? Tú estás tranquilo  
(*la desenvaina*)  
Y circundas de espinas mi cabeza;  
¿No prevés que si mueres infamado,  
Moriré consumido de tristeza?  
¿Tranquilo estás y buscas mi perjuicio  
Y á tal crimen te muestras denodado?  
Voy á hacer de tu vida el sacrificio  
Antes que hacerle de tu honra clara.  
No me inculpes, que tu ánimo lo quiere,  
Perece tú á mis manos  
(*Va á herirle.*)
- Au.— Padre, hiere.  
(*Falerio se conmueve, y deja caer el puñal.*)
- F.—¡Ay! el puñal se escapa de mi mano.  
Al ver esa tu faz, tu cuerpo amable,  
En vez de traspasarte, impulsos siento  
De estrecharte en mis brazos Aureliano.

- Aléjate de mí, no quiero verte:  
Y si quieres morir, marcha á la muerte.
- Au.—Padre, adiós para siempre, ¿que le digo  
De tí á mi madre que en el cielo mora?
- F.—Por los dioses aléjate, enemigo,  
No martirices más. ¡Ay! desdichado,  
Un corazón de padre atribulado.
- Au.—Adiós entonces, sé feliz y bueno.  
(*Vése, entra Canidio*)

ESCENA III.—*Falerio y Canidio.*

- C.—El pueblo ruge como ruge el trueno,  
Y se aproxima con triunfante paso  
El padre sol al purpurino ocaso.  
Es hora de morir, que tu hijo muera.
- F.—No le mates Canidio, te lo ruego  
Por mí, por tí, por la Deidad severa,  
En cuyas aras consagraste el fuego.
- C.—Romano, ¿de tu jefe los edictos  
Quieres violar? mi mano te lo evita;  
Y si persistes, con tu misma sangre  
Sellarás esa ley con sangre escrita.
- F.—Si tú lo quieres cuanto sér cristiano  
Haya en Atenas mandaré al suplicio,  
Por tal que no me fueres inhumano  
De mi hijo á consumir el sacrificio.
- C.—Los que haya y tu vástago execrando,  
Todos pereceran, yo te lo mando.
- F.—La culpa tengo yo que así me humillo  
Al pie de un sér tan vil y tan rastrero,  
Que se arrastra en el polvo y va dejando  
De sangre y lodo fétido reguero.
- V.—¡Es hora, es hora, el vil á los leones!

- C. — (*En el balcón, arengando al pueblo.*)  
 Pueblo de Atenas, fiel á tu creencia,  
 De la sagrada religión custodio,  
 Aplaca tu furor y tu impaciencia,  
 Digna ciudad de la Minerva blonda,  
 A tu oración y á tu piedad propicia,  
 Deja, yo de esa víctima responde:  
 Hoy triunfará la Olímpica justicia.
- V. — Oh sacerdote del Saturnio, salve!
- F. — Y si yo no consiento, ¿quién te deja  
 Prometer como jefe á mis vasallos?
- C. — Sí, tú consentirás, porque Elio pío  
 Tiene cetro y poder, Júpiter rayos.
- F. — Aquí no mandas, Sacerdote impío.  
 Quiero ver á mi hijo, sí, lo quiero!
- C. — (*Se acerca á la puerta lateral y clama:*)  
 Pretorianos, traed al prisionero.  
 [*Entran dos soldados trayendo á Aureliano  
 encadenado.*]

ESCENA IV. Dichos y Aureliano

- F. — ¿Encadenado mi hijo? ¿Quién á tanto  
 Pudo atreverse?
- C. — Yo
- F. — Tú, viejo infame,  
 A quien una mujer infunde espanto  
 Aherrojás á una víctima indefensa?  
 Si quieres poner grillos, ve al combate.  
 Está tu puesto entre la plebe inmensa.  
 Pretorianos, ¿qué fuerza así os abate?  
 ¿A quién obedecéis? yo sólo mando  
 En este alcázar, y si yo no ordeno  
 No podéis apresar ni al más infando.

- Soltad á mi hijo ya, si no os agrada  
 Probad la fuerza de mi invicta espalda  
 (*Los soldados comienzan á desatar á Aureliano*)  
 Sabed que no podéis, si yo no quiero,  
 Llevar jamás al circo á mi Aureliano.  
 Y no olvidéis el ímpetu severo  
 De quien hierro y poder lleva en su mano.  
 Y tú, viejo insensato, ¿qué te mueve  
 A exitar mi furor? En este alcázar  
 Yo represento al César, tú á la plebe,  
 En otro tiempo de Atenienses bravos,  
 Manada hoy ya de imbéciles esclavos.
- C. — Medita lo que dices y lo que haces,  
 Que ya de Atenas á las puertas casi  
 Llegan de Adriano las fulgentes haces.  
 Mira este pliego que me manda el César.  
 [*Saca un pergamino.*]
- F. — ¿El gran Emperador á tí escribirte?
- C. — Lee y procura luego reprimirte  
 (*Le dá el pliego.*)
- F. — “Sacerdote feliz: quizá mañana  
 ‘A la ciudad arribe de Minerva.  
 ‘Anhelo por mirar la turba anciana  
 ‘De monumentos, que tu edad conserva;  
 ‘Crezcan los dioses y su noble culto  
 ‘En ese pueblo, cuna de las artes.  
 ‘Y de ateos el grupo tan estulto  
 ‘Allí perezca más que en otras partes.  
 ‘Ariancarlos procura del secreto,  
 ‘Y nunca olvides mi último decreto.”
- C. — Ya tu lo vez; que tu arrogancia es vana;  
 Y si hoy no mandas al cadalso á tu hijo,  
 Quizá los dos pereceréis mañana.

## ESCENA V. Dichos y Mevio [Entra este.]

- M.—Aureliano, Aureliano, no te arrojes  
A la muerte por fin, que desolada  
Mi hija infeliz, temiendo por tu suerte  
No encuentra á su dolor ya lenitivo!  
Como tierna paloma abandonada  
Entre las hojas del pinal esquivo,  
Si brama desfrenada la tormenta,  
Sin calma ni consuelo se lamenta.  
Lleva por tí su noble sacrificio  
Al heroísmo, lo renuncia todo  
Por salvarte del hondo precipicio,  
Viola sus votos por tu amor llevada,  
Y su guirnalda de Vestal depone,  
Y su guirnalda de Vestal sagrada  
Hoy á tus plantas por mi mano pone.  
(Arroja á los pies de Aureliano una guirnalda de rosas.)  
¿Quieres su esposo ser?  
C.— Y ¡se degrada  
A tanto un sacerdote encanecido!  
F.—Oh si amas á esa niña desdichada,  
Despósala, Aureliano, te lo pido.  
Inciensa á las deidades, y te salvas  
Y vivirás feliz y bendecido;  
Y en vez de un hijo, que perder espero,  
Dos hijos amorosos engreido  
Estrecharé en mis brazos placentero.  
Au.—¡ Hermosa tentación! ¿Qué de las puertas  
Del cielo rodará como aquel ángel  
A las mansiones del infierno abiertas?  
M.—¿Verdad que sí consientes? ¿que al mo-  
El beso paternal podré yo darte [mento

- Y á mi hija débil tú la harás dichosa!  
(Levanta Aureliano la guirnalda.)  
Oh bendito doncel, mi alma te aprecia,  
Triunfa mi hija.  
(Después de un momento Aureliano despedaza la guirnalda y la arroja á los pies de Mevio).  
Au.—Un cristiano así desprecia  
Los pobre dones de pagana hermosa.  
Y dila á tu Vestal, que si Dios la hizo  
Tan bella como es de cuerpo, sea  
Del alma bella, que cristiana se haga  
Y en ese Dios, á quien adoro, crea.  
Que si tanto me ama cual yo la amo  
[Y sabe Dios ¡ay! cuánto] que esa gracia  
Al borde de la tumba la reclamo.  
Que su virginidad ya no consagre  
A Vesta la gentil ilusionada,  
Sino al Dios que yo adoro y la custodie  
Como una flor al Numen regalada.  
Y si mi amor no olvida, y, como anhelo  
Mi consejo obedece placentera,  
Allá la espero en el dichoso cielo.  
El beso maternal por vez primera  
Mi madre la dará, y en su regazo  
La celestial cabeza reclinada,  
Los dos nos recrearemos suavemente  
En contemplar de Dios la faz sagrada  
Y la esencia escondida y refulgente.  
M.—[Enjugándose el llanto]  
¡Dulce vas á la muerte!; yo me alejo  
Meditando tus dichos misteriosos,  
Que el corazón conmueven de este viejo,  
Que pretendió cambiarse tu fortuna.  
Llevo á mi hija tu adiós y tu consejo.

La diré que la amaste hasta la muerte  
Si menos que á tu Dios, y más que otra  
alguna.

Tu adhesión á tú fé por hoy me infunde  
Y tu amor tan profundo á la hija mía  
En mi mismo dolor no sé que calma:  
Quizá tu ignoto Dios será algún día  
El Dios de mi hija y la deidad de mi alma.

C.— Es la vejez enfermedad segura,  
Y en ese estulto declinó en locura.  
[*Mevio se retira.*]

ESCENA VI. Dichos menos Mevio.

C.— En este trance no olvidéis, Romano,  
De Junio Bruto el memorable ejemplo:  
El se postró como ínelito inhumano  
De la Justicia en el severo templo.  
Vió á sus hijos rebeldes, y de cónsul  
Sintió el poder en sus robustas sienes,  
Y sin ceder como amoroso padre  
Del tierno corazón á los vaivenes,  
Del pueblo, que mandaba, á la existencia  
Su mismo corazón sacrificando,  
Tomó resuelto la fatal sentencia,  
Y vigoroso la firmó llorando.  
Sus huellas santas á seguir te apresta  
¿No le habrás de imitar? y ¿eres Romano?  
.....  
¿Cuál es por fin tu decisión?

F.— (*Apura la copa que preparó en la escena I  
y dice:*)

Es esta.

Au.— ¿Qué has hecho? padre, padre ¿tú suicid-  
(da?)

F.— Tu sentencia firmar no era posible;  
Prefiero dar mi congojosa vida,  
Ya que es la cruda ley irresistible.

Au.— Y ¿te alejas de mi alma para siempre  
Y á mi madre y á mí nos dejas solos  
Allá en el Paraíso sempiterno?  
Cree en Jesucristo, mi consejo toma,  
Y juntos partiremos, tú cristiano.

F.— (*Se desploma.*)

Muero como hijo de la heroica Roma,  
Adiós, adiós, intrépido Aureliano.

Au.— ¿Padre infeliz! Por siempre nos separa  
La distancia infinita del averno.  
El hombre fuerte, que mi madre amara,  
Ya nunca más la sonreirá tan tierno  
Como en pasados venturosos días:  
Son humo, viento y pavorosa nada  
De este mundo las breves alegrías.  
Nunca jamás contemplarán mis ojos  
Ese tu rostro de vivaz mirada.  
Veré por fin tus últimos despojos  
(*Abraza el cadáver.*)

Y ¿un réprobo acaricio entre mis brazos?  
¿El alma de este cuerpo es ya precita?  
Mi pobre corazón se hace pedazos.

C.— Pretorianos, llevad á ese mancebo  
Al circo; que perezca entre las fieras.  
Y obedeced, que, si á mandar me atrevo,  
Me apoyo en esas letras justicieras.  
(*Muéstrales la carta.*)

Ved el sello imperial. Muerto el Procón-  
sul,

Yo, que tengo de Adriano la confianza,  
 Tomo la autoridad; y si rehusáis  
 Obedecer por negra desconfianza,  
 Os habrá de pesar, que se aproxima  
 Acá el Emperador, y su llegada  
 Más que á nadie en Atenas me sublima.  
 El pueblo ya en el circo vocifera  
 Al ver que el sol descende presuroso,  
 Y ruge hambrienta lo azuzada fiera  
 En su cárcel estrecha sin reposo.  
 A ese cadáver rígido mañana  
 Podréis hacer los fúnebres honores  
 Con pompa militar, pompa Romana,  
 Conforme de vosotros lo merece,  
 Que fuisteis sus leales servidores.

[á Au.] Pensé tronchar con el talento mío  
 Solamente tu pérfida cabeza,  
 Y de Atenas el solio está vacío.

Au.—Eres con tu satánica vileza  
 De la ambiciosa humanidad imagen;  
 No importa al hombre de avaricia lleno,  
 Loco sin paz por levantarse un trono,  
 Nada le importa el asentarle en ceno.

C.—Es que ha triunfado mi robusta ira,  
 La mitad no transcurre de una hora,  
 Y estarás en el circo vergonzoso  
 Entre la muchedumbre burladora.  
 Ya el león, agitando furioso  
 Sus guedejas en turbia polvadera,  
 Te acomete, ya esucho jubiloso  
 Crujir tus miembros como rica seda.  
 A tus ayes responden infinitos  
 Sarcasmos de la gente, y me creo  
 En escuchar tus lastimeros gritos.

Y mañana, cumpliendo mi deseo,  
 Adriano llegará. Millares de almas  
 Le cercarán, sin fin vitoreando;  
 Y yo su paso de triunfales palmas  
 Iré glorioso y plácido alfombrando.  
 Y en aquestos salones Ateneos  
 Pondré á sus pies de mi fatal victoria  
 Los terribles y lívidos trofeos;  
 Y ya feliz me cercaré de gloria.  
 ¡ Mis trofeos! Tu pérfida cabeza  
 Y de tu padre la infamante historia.  
 Habrá un procónsul, á mi prez sugeto.  
 Y quizá no muy tarde Mevio y su hija,  
 Tu amante, morirán á mi decreto.

Au.—¡ Oh! Dios lo quiera y tu rencor lo exija.  
 Reinarás entre falsos, entre viles  
 Por breve tiempo, en crímenes ceñido,  
 En tanto que del cielo en los pensiles  
 Yo vivo entre los justos escogido.  
 Y en tanto que tu arrastras una vida,  
 Que no envidiara ni el servil gusano,  
 Presencias la horrorosa despedida  
 De tu culto sacrílego y profano,  
 Y atribulado y con despecho gimes,  
 Me circuyen los ángeles sublimes.  
 Desde hoy tu saña y tu rabioso encono  
 Y todo cual cristiano te perdono.  
 Ya las arpas angélicas resuenan;  
 Y á la región de perdurable calma  
 En medio de sus célicas canciones  
 Envuelta luego subirá mi alma  
 De la tarde en las dulces oraciones.

(Envía compasiva mirada al cadáver de Falerio, y sale  
 conducido por los Pretorianos.)